

MAÑANA AZUL



«El secreto mejor guardado
de la ciencia ficción».
Entertainment Weekly

PIERCE
BROWN

RBA

Título original: *Morning Star*

© Pierce Brown, 2016.

© de la traducción: Ana Isabel Sánchez, 2017.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2017.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO041

ISBN: 9788427211780

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Dramatis personae

Mapa

Primera parte. Espinas

1. Solo la oscuridad
2. Prisionero L17L6363
3. Picadura de serpiente
4. Celda 2187
5. Plan C
6. Víctimas
7. Abejorros
8. Hogar
9. La ciudad de Ares
10. La guerra
11. Mi pueblo
12. Los Julii

Segunda parte. Rabia

13. Aulladores
14. La Luna vampírica
15. La caza
16. Amante
17. Matar dorados
18. Abismo
19. Presión
20. Disidencia
21. Quicksilver
22. El peso de Ares
23. La marea
24. Hic sunt leones
25. Éxodo
26. El hielo
27. La bahía de las carcajadas
28. Banquete
29. Cazadores
30. El silencio
31. La reina pálida
32. En tierra de nadie

33. Dioses y hombres

34. Matadioses

Tercera parte. Gloria

35. La luz

36. Bazofia

37. La última águila

38. La cuenta

39. El corazón

40. Mar amarillo

41. Los señores de las Lunas

42. El poeta

43. Vivirlo de nuevo

44. Los afortunados

45. La batalla de Ilión

46. Sondeainfiernos

47. Infierno

48. Emperador

49. Coloso

Cuarta parte. Estrellas

50. Truenos y relámpagos

51. Pandora

52. Dientes

53. Silencio

54. El trasgo y el dorado

55. La innoble casa Barca

56. A tiempo

57. Luna

58. Luz agonizante

59. El León de Marte

60. Fauces del Dragón

61. El rojo

62. Omnis vir lupus

63. Silencio

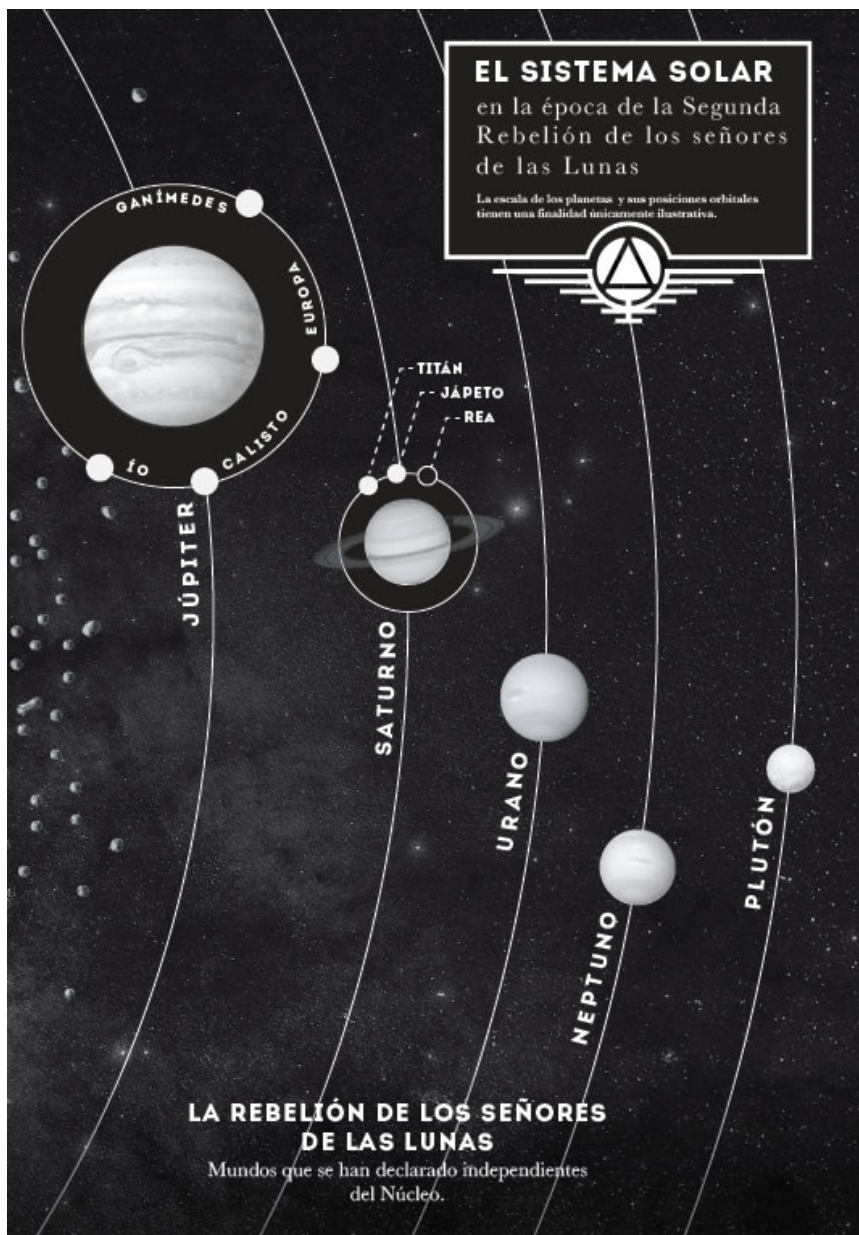
64. Ave

65. El valle

Epílogo

Agradecimientos

A MI HERMANA, QUE ME ENSEÑÓ A ESCUCHAR



DRAMATIS PERSONAE

Dorados

OCTAVIA AU LUNE: soberana reinante de la Sociedad.

LISANDRO AU LUNE: nieto de Octavia, heredero de la Casa de Lune.

ADRIO AU AUGUSTO/CHACAL: archigobernador de Marte, hermano gemelo de Virginia.

VIRGINIA AU AUGUSTO/MUSTANG: hermana gemela de Adrio.

MAGNUS AU GRIMMUS/EL SEÑOR DE LA CENIZA: archiemperador de la soberana, padre de Aja.

AJA AU GRIMMUS: el Caballero Proteico, jefa de guardaespaldas de la soberana.

CASIO AU BELONA: el Caballero de la Mañana, guardaespaldas de la soberana.

ROQUE AU FABII: emperador de la Armada de la Espada.

ANTONIA AU SEVERO-JULII: hermanastra de Victra, hija de Agripina.

VICTRA AU JULII: hermanastra de Antonia, hija de Agripina.

KAVAX AU TELEMANNUS: cabeza de la Casa de Telemannus, padre de Daxo.

DAXO AU TELEMANNUS: heredero e hijo de Kavax, hermano de Pax.

RÓMULO AU RAA: cabeza de la Casa de Raa, archigobernador de Ío.

LILATH AU FARAN: compañera del Chacal, líder de los Montahuesos.

CYRIANA AU TANUS/CARDO: antiguo Aullador, ahora uno de los tenientes de los Montahuesos.

VIXUS AU SARNA: antiguo miembro de la Casa de Marte, teniente de los Montahuesos.

Colores medios e inferiores

TRIGG TI NAKAMURA: legionario, hermano de Holiday, gris.

HOLIDAY TI NAKAMURA: legionaria, hermana de Trigg, gris.

REGULUS AG SOL/QUICKSILVER: el hombre más rico de la Sociedad, plateado.

ALIA GORRIÓN DE NIEVE: reina de los valquirios, madre de Ragnar y Sefi, obsidiana.

SEFI LA SILENCIOSA: caudillo de los valquirios, hija de Alia, hermana de Ragnar.

ORIÓN XE AQUARII: capitana de barco, azul.

Hijos de Ares

DARROW DE LICO: antiguo lancero de la Casa de Augusto, rojo.

SEVRO AU BARCA/TRASGO: Aullador, dorado.

RAGNAR VOLARUS: nuevo miembro de los Aulladores, obsidiano.

DANCER: teniente de Ares, rojo.

MICKEY: tallista, violeta.

Me elevo hacia la oscuridad, lejos del jardín que han regado con la sangre de mis amigos. El dorado que asesinó a mi esposa yace muerto a mi lado sobre la fría cubierta de metal, y han sido las manos de su propio hijo las que le han quitado la vida.

El viento otoñal me fustiga el pelo. El barco ruge bajo mis pies. A lo lejos, las llamas de fricción desgarran la noche con un naranja deslumbrante. Los Telemenus que descienden desde la órbita para rescatarme. Será mejor que no lo hagan. Será mejor que permitan que la nebrura se quede conmigo y que dejen que los buitres se disputen mi cuerpo paralizado.

Las voces de mis enemigos retumban a mi espalda. Demonios al-tísimos con caras de ángeles. El más pequeño de ellos se agacha. Me acaricia la cabeza mientras contempla a su padre muerto.

—Así es como termina siempre la historia —me dice—. Ni con tus gritos. Ni con tu rabia. Sino con tu silencio.

Roque, mi traidor, está sentado en una esquina. Era mi amigo. Tiene un corazón demasiado blando para su color. Ahora vuelve la cabeza y veo sus lágrimas. Pero no las derrama por mí. Las vierte por él. Por lo que ha perdido. Por aquellos que yo le he arrebatado.

—No hay Ares que te salve. Ni Mustang que te ame. Estás solo, Darrow. —La mirada del Chacal es distante y serena—. Como yo. —Alza una máscara negra, sin agujeros para los ojos y con una mordaza y me la pone en la cara para impedirme la vista—. Así es como termina todo.

Para quebrarme a mí, ha masacrado a quienes quiero.

Pero hay esperanza en los que aún viven. En Sevro. En Ragnar y Dancer. Pienso en todo mi pueblo, sometido en la oscuridad. En todos los colores de todos los mundos, engrilletados y encadenados para que los dorados puedan gobernar. Y siento que las llamas de

la rabia invaden el agujero negro que el Chacal me ha tallado en el alma. No estoy solo. No soy su víctima.

Así pues, que me haga lo que le venga en gana. Yo soy el Segador.

Yo sé sufrir.

Yo sé lo que es la oscuridad.

No es así como termina todo.

**PRIMERA PARTE
ESPINAS**

Per aspera ad astra



1

SOLO LA OSCURIDAD

En lo más profundo de la oscuridad, lejos del calor, el sol y las lunas, permanezco tumbado, tan inmóvil como la piedra que me rodea y aprisiona mi encogido cuerpo en un útero espantoso. No puedo ponerme de pie. No puedo estirarme. Tan solo puedo ovillarme como un marchito fósil del hombre que una vez fui. Tengo las manos esposadas a la espalda. Desnudo sobre la roca helada.

A solas con las tinieblas.

Parece que han pasado meses, años, milenios desde la última vez que desdoblé las rodillas, desde que tuve la columna en una posición distinta a la de un garfio. El dolor es locura. Las articulaciones se me anquilosan como el hierro oxidado. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que vi a mis amigos dorados desangrándose sobre la hierba? ¿Desde que sentí el suave beso de Roque en la mejilla cuando me partió el corazón?

El tiempo no es un río.

Aquí no.

En esta tumba, el tiempo es la roca. Es la oscuridad, permanente e inflexible, y su única medida son los péndulos gemelos de la vida: la respiración y los latidos de mi corazón.

Inspirar. Pum... pum. Pum... pum.

Espirar. Pum... pum. Pum... pum.

Inspirar. Pum... pum. Pum... pum.

Y se repite eternamente. Hasta... ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que muera de viejo? ¿Hasta que me reviente el cráneo contra la piedra? ¿Hasta que me arranque los tubos que los amarillos me han ensarta-

do en el bajo vientre para forzar los nutrientes hacia mi interior y los excrementos hacia el exterior?

«¿O hasta que te vuelvas loco?».

—No.

Aprieto los dientes.

«Síííí».

—Es solo la oscuridad.

Cojo aire. Me calmo. Rozo las paredes siguiendo mi patrón relajante. Espalda, dedos, coxis, talones, dedos de los pies, rodillas, cabeza. Repito. Una docena de veces. Cien. ¿Por qué no asegurarse? Que sean mil.

Sí. Estoy solo.

Podría haber pensado que existen destinos peores que este, pero ahora sé que no es así. El hombre no es una isla. Necesitamos a quienes nos aman. Necesitamos a quienes nos odian. Necesitamos que otros nos amarren a la vida, que nos den una razón para vivir, para sentir. Y yo tan solo tengo las tinieblas. A veces grito. A veces me río durante la noche, durante el día. ¿Quién sabe cuándo? Me río para pasar el rato, para consumir las calorías que el Chacal me da y que hacen que mi cuerpo se estremezca hasta dormirse.

También sollozo. Tarareo. Silbo.

Escucho las voces de arriba. Que me llegan desde el interminable mar de oscuridad. Y de asistirlas se encarga el enloquecedor estrépito de cadenas y huesos que hace vibrar las paredes de mi prisión. Tan cerca y sin embargo a mil kilómetros de distancia, como si justo al otro lado de la oscuridad existiera un universo entero y yo no pudiera verlo, no pudiera tocarlo, saborearlo, sentirlo o perforar ese velo para volver a pertenecer al mundo una vez más. Estoy encarcelado en la soledad.

Ahora oigo las voces. Las cadenas y los huesos que se mueven despacio por mi prisión.

¿Son más las voces?

Me entra la risa ante tal ocurrencia.

Maldigo.

Conspiro. «Asesinar».

«Masacrar. Arrancar. Desgarrar. Quemar».

Suplico. Alucino. Negocio.

Gimoteo plegarias a Eo, feliz de que ella se haya ahorrado un destino como este.

«No te escucha».

Canto baladas infantiles y recito *La tierra moribunda*, *El farolero*, *el Ramayana*, *La Odisea* en griego y en latín y luego en lenguas muertas como el árabe, el inglés, el chino y el alemán, sacados de los recuerdos de los volcados de datos que Matteo me hizo cuando yo era poco más que un crío. Buscando fuerzas en el argivo que tan solo deseaba encontrar el camino de vuelta a casa.

«Te olvidas de lo que hizo».

Odiseo fue un héroe. Derribó las murallas de Troya con su caballo de madera. Igual que yo derribé a los ejércitos de los Belona en la Lluvia de Hierro sobre Marte.

«Y entonces...».

—No —replico—. Silencio.

«... sus hombres entraron en Troya. Encontraron madres. Encontraron hijos. ¿Adivinas lo que hicieron?».

—¡Cállate!

«Ya sabes lo que hicieron. Hueso. Sudor. Carne. Ceniza. Llanto. Sangre».

Las tinieblas se carcajean jubilosas.

«Segador, Segador, Segador... Todas las hazañas que perduran están pintadas con sangre».

¿Estoy dormido? ¿Estoy despierto? He perdido el norte. Todo sangra junto, me ahoga en visiones y susurros y sonidos. Una y otra vez, sujeto los frágiles tobillitos de Eo. Le rompo la cara a Julian. Oigo a Pax, y a Quinn, y a Tacto, y a Lorn, y a Victra exhalar su último aliento. Tanto dolor. ¿Y para qué? Para fallar a mi esposa. Para fallar a mi pueblo.

«Y fallar a Ares. Fallar a tus amigos».

¿Cuántos me quedarán?

¿Sevro? ¿Ragnar?

¿Mustang?

«Mustang. ¿Y si sabe que estás aquí...? ¿Y si no le importa? ¿Y por qué iba a importarle? Tú que cometiste traición. Tú que mentiste. Tú que utilizaste su mente. Su cuerpo. Su sangre. Le mostraste tu verdadero rostro y huyó. ¿Y si fue ella? ¿Y si te traicionó ella? ¿Podrías amarla, en ese caso?».

—¡Cállate! —me grito a mí mismo, a la oscuridad.

No pienses en ella. No pienses en ella.

«¿Y por qué no? La echas de menos».

La oscuridad engendra una visión de Mustang, como tantas otras antes de esta: una chica alejándose de mí a caballo por un campo verde, volviéndose sobre su silla y riéndose para que la siga. Su pelo ondea al viento como lo haría el heno estival que escapa revoloteando del remolque de un granjero.

«Tienes ansias de ella. La amas. La chica dorada. Olvídate de la zorra roja».

—No. —Me golpeo la cabeza contra la piedra—. Es solo la oscuridad —susurro.

Solo la oscuridad que juega con mi mente. Pero aun así intento olvidar a Mustang, a Eo. No hay mundo más allá de este lugar. No puedo extrañar lo que no existe.

La sangre cálida de las viejas costras que acabo de volver a abrirme me resbala por la frente. Me corre por la nariz. Estiro la lengua y tanteo la pared helada con ella hasta que doy con las gotas. Pala-deo la sal, el hierro marciano. Despacio. Despacio. Dejo que la sensación novedosa se alargue. Que el sabor persista y me recuerde que soy un hombre. Un rojo de Lico. Un sondeainfiernos.

«No. No lo eres. No eres nada. Tu esposa te abandonó y te robó a tu hijo. Tu puta te dio la espalda. No eras lo bastante bueno para ella. Eras demasiado orgulloso. Demasiado estúpido. Demasiado cruel. Ahora, te han olvidado».

¿Es así?

La última vez que vi a la chica dorada, estaba arrodillado junto a